

GALERÍA

Caballote de un pintor desarraigado

Jorge Eslava

Ernesto Arrisueño resiste y sueña hace treinta años en Australia, nada menos que la mitad de su vida. No tiene contacto con el ambiente local, salvo el hilo de diamante que lo mantiene unido a sus hermanos y su madre. En casa de ella, gracias a una breve visita que hizo a Lima, nos reencontramos después de muchos años. He sido testigo, con admiración, de buena parte de su formación artística. Noto que conserva el aspecto delgado, la clara melena juvenil y ese modo lacónico de hablar que lo hace parecer invulnerable. De nuestra entrañable conversación recupero ciertos fragmentos que descubren sus memorias y su personalidad.

Piano y música

Lo que pretendes me recuerda el diálogo que tuve con alguien para una revista. Solo puedo decirte que en mi pintura aparecen objetos que no son de la memoria, sino del mundo doméstico. Inclusive en esas circunstancias hay una transformación a una nueva realidad: todo lo incremento o distorsiono por el paso del tiempo. En Sídney, aunque no lo creas, el cielo y la luz son como los de la sierra

peruana. Así que también ha cambiado la intensidad de la luz en mis pinturas, pero además procuro intensificar más la luz de los objetos y eso afecta a todo el contorno.

Después de un tiempo fui conociendo algunas costumbres australianas. Me gustó mucho la tradición de llevar una botella de vino y un ramo de flores a una cena; entonces, pinté una serie de campos de flores como agradecimiento eterno.

De Lima recuerdo el piano que teníamos. Mi papá lo tocaba y después yo, que volví locos a todos en mi casa. En el colegio hice una pequeña exhibición de pinturas y conocí a un exalumno, Fernando del Solar, quien me presentó a la galería Trapecio, donde tuve mi primera exhibición en 1977. Fuimos muy amigos. Él me enseñó a solfear y a tocar piano. Aquí en Australia me compré un piano eléctrico y lo toqué por unos cinco años, después lo vendí. Llegué a tocar un par de obras completas de Bach y Beethoven, aunque odiaba a Beethoven por hacer maravillas ¡sin poder escuchar ni mierda! Me hubiera encantado aprender conciertos de Rachmaninoff, pero era muy difícil.

A través de mi vida me han apasionado diferentes estilos y géneros musicales. Desde los Beatles y las baladas en español —¿te acuerdas de El Dúo Dinámico, Los Iracundos, Los Ángeles Negros?— hasta el Barroco que me parece de una complejidad y exactitud matemática. O el Clásico, que es la pasión y la gloria. También me atrajo el *rock* progresivo. A veces escuchaba, de puro nostálgico, valsos criollos y tangos. Y llegó el día que me golpeó una bola de nieve: la trova contestataria de Silvio Rodríguez. Me apretujó el alma esa mezcla de poesía, sufrimiento e injusticia. Sentía que me inflamaba el pecho. Y, claro, Rubén Blades con sus historias de personajes mágicos. Me gusta Bob Dylan, pero no me quita el sueño. Creo que debería de haber tomado clases de los latinoamericanos.

Tú sabes que cada tipo de música se comparte con diferentes grupos de personas. Por ejemplo, los Beatles y los Rolling Stones me recuerdan la etapa del barrio de San Antonio, en Miraflores, antes de cumplir veinte años; la música clásica era con mi papá y mi profesor. La trova fue una etapa especial de mi vida, con gente muy particular. Debo decirte que la música la compartí siempre

con mis enamoradas y fue algo importante en mis relaciones. Con una salíamos a bailar y con otra solo la escuchábamos. Es gracioso, pero, a distinta enamorada, diferente música. Me obligas a recordar cosas y me ha entrado una repentina nostalgia.

Lecturas y películas

De niño, en la época de colegio, sufría de una especie de dislexia. Me demoraba en terminar un libro, también me distraía imaginando lo que estaba leyendo y me iba a otro mundo antes de continuar. Esto mejoró con el tiempo. En el colegio leí lo habitual: *La ciudad y los perros*, *Un mundo para Julius...* Fue en secundaria que mi amigo y profesor de piano me prestó libros de historia y mitología, que empezaba a interesarme. Después me importó la poesía de Miguel Hernández, Antonio Machado, César Vallejo, Walt Whitman... En Australia la nostalgia me obligó a leer literatura latinoamericana como *Conversación en La Catedral* y *Cien años de soledad*, que me costaba trabajo por los residuos de dislexia que me quedaban. Otras novelas fueron más bien un deleite como las de Bryce o de Isabel Allende.

Después he vuelto a lo que me apasiona: la historia, la mitología y la arqueología. Ahora estoy leyendo *Europa. Una historia*, de Norman Davies, un tomo de 1400 páginas, bastante denso e informativo. A la vez estoy leyendo *Historias del arte*. No "Historia del Arte", sino relatos y cuentos sobre arte. Con estas lecturas me demoro, pero las disfruto. Aquí la dislexia desaparece un poco.

Sobre el cine, mi infancia giró alrededor de las películas de Walt Disney que veíamos en casa. Al conocer a mi amigo F, el pianista y profesor, me encontré con otra realidad. De repente empecé a ver *Gritos y susurros* o *Fellini Satyricon*, y que no llegué a entender ni asimilar porque estaba muy joven. El cine es para mí como la música, me gusta todo y con contenido, pero hay que ir despacio. Acá en las noches veo muchos documentales de historia, arqueología, medicina... Más tarde veo películas europeas, asiáticas, de Medio Oriente. También me gustan algunas norteamericanas como *Chinatown*, *Pulp Fiction* o *Barfly*. Debo decirte que hay una película que fue un hito en mi vida y no me canso de verla: *Jesus*

Christ Superstar. Sé que tiene malas críticas, pero para mí es una obra de arte. Otra que debo mencionar y que me aterrorizó es *The Exorcist*; considero que es la única buena película en su género.

Un puesto heroico

El fútbol me apasionaba tanto que, cuando la selección peruana perdía en los mundiales, me deprimía por una semana. De chico siempre tenía mi pelota y, cuando no encontraba amigos para jugar, me iba al parque frente de mi casa y jugaba solo. Soñaba con ser jugador, pero la verdad es que solo jugué bien como arquero. En eso nos parecemos, ¿no? Era un puesto heroico, alucinaba con voladas levantando tierra en el arco. A veces me olvidaba de que lo importante era ganar y no hacer demostraciones. Alineé para la selección del colegio y en la selección del Club Carmelitas, donde fuimos brillantes. Ganamos un campeonato al Club Regatas y en su propia cancha. Mi ídolo en el arco era Mazurkiewicz. Tenía solo quince años cuando lo vi volar. Era un pájaro de plumaje negro: alto, elástico e inspirador para los que queríamos ser arqueros.

Australia, dos mujeres

En 1988 migré a Australia. Aquí conocí a una pareja que me introdujo a la primera galería en la que trabajé. También me encajó a una mujer muy bonita, dos años mayor que yo, tímida y de rasgos finos. J había crecido en una hacienda y vino a Sídney a estudiar Geología. Nos enamoramos y estuvimos juntos unos meses, justo en la época en que hice mi primera exhibición en Australia. Fue un gran apoyo tenerla a mi lado. Fue bonito pero no apasionado... Ella era inocente y predecible. Luego llegó V, una mujer atractiva, fuerte y atormentada. Los dos primeros años salíamos y hablábamos, hasta que me mudé con ella. Ella tiene dos hijas, así que me hice de una "familia inmediata". Así que tuve que asumir responsabilidades que no había tenido: llevarlas al colegio, cocinar y limpiar no solo para mí.

A mi familia no le gustaba, así que me distancié un poco de ellos. Lo peor eran los celos constantes y disparatados de V. Ella me ayudó a buscar galerías; tenía don de gentes y era muy capaz. Sucedieron tantas cosas de la vida cotidiana que fueron resque-

brajando nuestra relación y terminamos separándonos. Desde entonces he vivido solo y, a veces, en soledad. ¿Podemos cerrar este tema? Ha sido terapéutico, pero muy entristecedor.

El glorioso vino

En plena adolescencia, mis primos Luis Alberto, Polo y Pipo decidieron bautizarme en el alcohol, y con mentirillas me llevaron a tomar un jugo riquísimo de guinda a un bar de Santa Cruz. Fui con ellos, tomé mi primer vaso y, efectivamente, era muy rico y me causó una sensación de alegría... pero después del segundo vaso sí que me agarró fuerte. Terminé trepado en la chimenea del bar. Después he tomado cerveza, que no me gustaba mucho, y cubalibre, que era nuestro trago para el jugueteo. Hasta que llegó el vino chileno, manjar de dioses. Me enamoré del vino: lo tomaba en las comidas, en la soledad y, algunas veces, mientras pintaba. ¿Recuerdas la película *Historias de Nueva York*, que tiene un medimetraje de Scorsese? Era así. En Australia el vino me impresionó por su variedad y calidad; nada que envidiarle al vino francés o italiano.

Después de mi primera exhibición en Australia, cuando terminó la relación con J, me mudé a vivir solo. Solo y deprimido acudí a mi amigo el vino con más frecuencia, hasta que conocí a V. Todo volvió a la normalidad: alcohol los fines de semana o muy ocasionalmente. Eso duró unos años; luego empezaron los problemas, hasta que no aguantamos. Nuevamente la soledad y la depresión me empujaron a refugiarme en el vino. Estaba cansado, más deprimido y con poca concentración para pintar, así que tomé la drástica decisión de parar. Me dije: vino solo para ocasiones especiales. Y así ha sido desde hace un tiempo y me siento mejor: puedo pintar y manejar mi depresión. Como dice la canción de Milanés: "La soledad es un pájaro grande multicolor".

La soledad, el oficio

En Lima era esporádica, aparecía generalmente cuando terminaba una relación. Mi casa era muy diversa. Por ejemplo, mi hermano M era un payaso, muy gracioso y extrovertido. Podía hacerse amigo hasta del basurero; yo, en cambio, era callado e introvertido. Así

que en casa me sentía un extraño, no entendían los estragos de un artista, y menos mi papá. Por eso, me refugiaba en la música, todavía no en el alcohol. Me cuesta recordar... es que arrastro este tema de la soledad. Sobre todo por mi papá: me deprimía la comunicación con él. Y cuando llegué a Australia él estaba tan deprimido, porque sus sueños de ejercer se fueron al infierno.

Vuelvo a mi primera exposición y a J, porque fue cuando tuve mis peores momentos de soledad. Realmente hablaba con las paredes hasta que conocí a V. Había etapas de soledad en que me sentía cómodo: producía bien, pintaba con fuerza y con cólera, sin interrupciones. Lo hacía con lágrimas en los ojos, ponía los pinceles en los lienzos con certeza, pero sabía que necesitaba un poco de interacción con los demás.

Me cuesta mucho hablar de lo último que hago. Desgraciadamente, no tengo nada específico. Solo experimento desde que terminé mi relación con la galería, con la que trabajé más de veinte años. Sucedió poco antes de venir, después de haber sido nominado en el Moran Art Prize como finalista; de pronto la galería comenzó a pedir cosas de las que creo no importa hablar. Ahora estoy buscando nuevas galerías y para eso estoy pintando todo lo que se me ocurra. Sé que vivo una etapa de cambio. En este momento he vuelto a las naturalezas muertas y bodegones. Por dos razones: le gusta a la galería a la que me estoy introduciendo y porque me recuerda mi hogar. Esto es muy importante: el amor de hogar que tanto añoro.

Me preguntas qué ofrece a mi sensibilidad el surrealismo e hiperrealismo. Es como si debajo del pincel aparecieran imágenes que tratan de estar más cercanas a lo que está en la mente. Ese poder de manejar, distorsionar y engrandecer de manera figurativa me lleva a una especie de Nirvana, que está por encima de la alegría. Cuando he pintado cuadros abstractos, lo que siento es una inmensa liberación de usar colores intensos, de dar brochadas con inspiración y conocimiento de composición, pero no me resulta una experiencia deleitable ni íntima; es como algo vacío para mí. Por eso, quiero seguir explorando mi estilo hasta violentarlo, hasta hacer algo que me produzca ardor interior y me redima.